

TIEMPO DE RENOVACIÓN

ASAMBLEA GENERAL EXTRAORDINARIA DE LA JUNTA DIOCESANA DE COFADÍAS DE SEMANA SANTA DE SEGORBE- CASTELLÓN

Segorbe, Iglesia de Santa Ana, 18 de diciembre de 2010

Queridos Hermanos, participantes en esta Asamblea General Extraordinaria de la Junta Diocesana de Cofradías de Semana Santa de nuestra Diócesis de Segorbe-Castellón. Saludo cordialmente a la Directiva de la Junta Diocesana y a los Hermanos Mayores para el año 2011. Igualmente saludo al Sr. Vicario Episcopal de Pastoral y al Consiliario de la Junta Diocesana. Agradezco cordialmente a los Hermanos Mayores de 2010 todos sus trabajos y desvelos durante el año que ahora concluye.

Siempre me es grato venir a vuestro encuentro anual, aquí en la iglesia de Santa Ana: mi encuentro con la Junta diocesana de Cofradías me lleva de inmediato a pensar no sólo en vosotros, sus Directivos, sino también y ante todo en los cofrades y en las Cofradías. Y lo hago, como es lógico, desde lo que soy: como vuestro Obispo, Padre y Pastor; y desde lo que junto con vosotros somos y formamos: somos cristianos miembros de esta Iglesia diocesana, que peregrina de Segorbe-Castellón, que este año ha tenido la gracia de Dios de celebrar el 50º Aniversario de su actual configuración. Lo importante de nuestra Iglesia diocesana no es su territorio, sino lo que es: misterio de comunión y misión; es decir, presencia del Señor y de su salvación en medio de nuestro mundo, y como tal llamada a dejarse evangelizar en su personas, comunidades, asociaciones, instituciones y cofradías, para seguir evangelizando en este mundo, tantas veces refractario a Dios, a Jesucristo y al Evangelio. También esta tarde hemos de sentirnos convocados por la presencia de Aquél que se encarnó, nació, se entregó, murió y resucitó por nosotros.

Hoy quiero centrarme en algo que considero de vital importancia en el momento que nos toca vivir. Y esto no otra cosa sino la necesidad que como Iglesia –las personas, las familias, las comunidades, asociaciones y cofradías- tenemos que dejarnos evangelizar, para ser una Iglesia viva desde Jesucristo. Porque sólo así podremos evangelizar; porque sólo así los cofrades serán de verdad lo que ante todo les define: su condición de fieles cristianos; y porque sólo así las Cofradías seréis asociaciones públicas de fieles cristianos, asociados para promover el culto público en torno a un misterio de la pasión, muerte y resurrección del Señor Jesús.

1. Adviento: Tiempo de renovación y conversión

Celebramos nuestra asamblea en el tiempo de Adviento. En este tiempo nos preparamos para la venida del Señor al final de los tiempos, mientras nos disponemos a celebrar la venida en la historia en la ya cercana Fiesta de Navidad. En el Niño, que nace en Belén, Dios viene a nosotros, nos busca para darnos su Vida y su Amor, en definitiva para darse a la humanidad entera. Y para que Dios entre en nosotros hemos de preparar los

caminos, hemos de dejarnos evangelizar, renovar y convertir. Todos hemos de reemprender el camino de la renovación.

La conversión a Jesucristo y a su Evangelio no es un episodio puntual y pasajero de la vida cristiana, sino un proceso constante y necesario. Son innumerables las páginas del Antiguo Testamento en las que somos invitados reiteradamente a convertirnos a Dios. Jesús inaugura su ministerio público con el mismo mensaje: *“El Reino de Dios está llegando: convertíos y creed en el Evangelio”* (Mc 1, 15). La llamada enérgica de Jesús es repetida con alta intensidad y frecuencia a lo largo de todo el Nuevo Testamento. Vivir en cristiano consiste en convertirse continuamente. Este axioma es válido para las personas, las comunidades y las mismas instituciones de la comunidad del Señor.

Hay unas épocas del año litúrgico en la que se vuelve más explícita y apremiante la llamada de Dios a la conversión: son los tiempos litúrgicos fuertes del Adviento y de la Cuaresma. En ellos, Dios mismo, a través de la Iglesia, nos ofrece más abundantemente su Palabra, la gracia del Sacramento de la Reconciliación, la Eucaristía que consolida nuestro retorno al Señor. En ellos, la Iglesia nos exhorta a orar más y mejor, a practicar la austeridad que nos hace más sensibles ante la voz de Dios y a desprendernos más generosamente de nuestros bienes en favor de los necesitados.

La Escritura utiliza una gran variedad de términos para designar este rasgo esencial de nuestra vida cristiana. Convertirse es retornar a Dios (cf. 1 Pet 2, 25), purificarse (cf. Ez 36, 25 ss), reconciliarse (cf. 2 Co 5, 18), cambiar de orientación vital (cf. Mt 4, 17). Cada una de estas expresiones evoca mejor que las demás alguno de los múltiples aspectos de la conversión cristiana. En los escritos del Nuevo Testamento *convertirse equivale a renovarse*.

En varios pasajes, el apóstol Pablo, en sintonía con todo el Nuevo Testamento, nos apremia a renovarnos interiormente despojándonos del “hombre viejo” y revistiéndonos del *“hombre nuevo creado a imagen de Dios para llevar una vida santa”* (Ef 4, 22-24). Convertirse es, pues, para Pablo, transformarnos en hombres y mujeres nuevos. La renovación no consiste en crear ‘otros’ creyentes y otras comunidades, sino en hacer que estos creyentes y estas comunidades sean ‘otros’, es decir, más impregnados de la pasión por Dios, más tocados por la debilidad hacia los pobres, más modelados en su conducta por los valores evangélicos, más auténticos testigos de la fe.

La renovación pedida por San Pablo no consiste ni en inventar ni en restaurar ni en retocar la vida cristiana personal o comunitaria. La Iglesia está ya inventada, aunque necesitamos creatividad, valentía y paciencia para colaborar con el Espíritu en su renovación. Necesitamos redescubrir y reincorporar valores evangélicos que se han debilitado. Necesitamos algo más que simples retoques que dejan prácticamente intactas sus brechas actuales; necesitamos una renovación profunda que nos conduzca a aceptar a Jesucristo como único Señor, a creer en Él, conocerle, para amarle y seguirle en la comunidad de los creyentes, para ser sus testigos y para situarnos en actitud de servicio evangélico a la comunidad humana.

2. Situación religiosa actual

Ser cristianos de verdad, para ser verdaderos cofrades hoy, requiere una mirada lúcida y profética al entorno. El Papa Juan Pablo II nos ofrecía este panorama del momento

actual: “En el continente europeo no faltan ciertamente símbolos prestigiosos de la presencia cristiana, pero éstos, con el lento y progresivo avance del laicismo, corren el riesgo de convertirse en mero vestigio del pasado. Muchos ya no logran integrar el mensaje evangélico en la experiencia cotidiana; aumenta la dificultad de vivir la propia fe en Jesús en un contexto social y cultural en que el proyecto de vida cristiano se ve continuamente desdeñado y amenazado; en muchos ambientes públicos es más fácil declararse agnóstico que creyente; se tiene la impresión de que lo obvio es no creer, mientras que creer requiere una legitimación social que no es indiscutible ni puede darse por descontadas” (Juan Pablo II, Exhortación Apostólica Postsinodal *Ecclesia in Europa*, de 28 de junio de 2003, 7).

Esta situación descrita en la Exhortación Apostólica hunde sus raíces en la cultura actual marcada por la negación de la historia, la eclosión de la subjetividad, la sensibilidad y exacerbación de lo lúdico, al tiempo que cuestiona radicalmente la capacidad de la razón para la verdad, renunciando por ello a la pregunta por el sentido, con el consecuente debilitamiento de la capacidad de asumir compromisos morales.

No obstante, el optimismo de la antropología cristiana, fundado en la fidelidad de Dios, nos permite descubrir este tiempo nuevo como *kairós*, es decir, como tiempo de gracia especialmente oportuno para vivir y anunciar el Evangelio de la Salvación; también hoy es posible descubrir los signos que lo propician: asistimos a un vacío ideológico que, paradójicamente, alienta la falta de prejuicios ante la novedad evangélica; la sensibilidad estética actual enlaza plenamente con el anuncio de “la belleza de ser cristianos”, y la presentación gozosa del Evangelio conecta con la necesidad de auténtica alegría, pues «Cristo no quita nada, lo da todo” (Benedicto XVI, Homilía en la Santa Misa, imposición del Palió y entrega del anillo del Pescador, en el solemne Inicio del Ministerio Petrino del Obispo de Roma, Domingo 24 abril, 2005).

3. Apuntes sobre nuestra Iglesia diocesana

Si miramos a nuestra Diócesis, no duda cabe que la sociedad en que vivimos ha cambiado y la cultura religiosa también. La práctica religiosa ha caído a veces en unas proporciones sobrecogedoras. Hay desencanto entre muchos creyentes. Hay un alejamiento progresivo y una apostasía silenciosa de muchos católicos. Muchos se han vuelto indiferentes y viven como si Dios no existiera. El papel de nuestra Iglesia y también de las Cofradías en su servicio a la sociedad se está revisando.

Afrontamos una fuerte crisis de vocaciones en general, -al laicado adulto y corresponsable, a matrimonio sacramental, a la vida consagrada-, y al sacerdocio ordenado en particular. Las ordenaciones que a Dios gracias vamos teniendo –dos nuevos sacerdotes en octubre pasado y seis nuevos diáconos en enero próximo- no pueden llevarnos a cerrar nuestros ojos ante la escasez extrema de nuevas vocaciones entre nosotros: de los cuatro seminaristas del seminario Mater Dei sólo uno es originario de nuestra Diócesis, y de los veintitrés del seminario Redemptoris Mater, sólo tres han surgido en nuestras comunidades.

Padecemos una crisis real y gran dificultad en la transmisión de la fe a los niños y jóvenes. Hay, a Dios gracias, muchos niños que son bautizados, que vienen a las catequesis o se apuntan a la clase de religión. Pero en un mundo cerrado a Dios, a su Palabra y a sus mandamientos, se les hace muy difícil acoger a Dios, creer en Jesucristo, aceptar el Evangelio como norma de vida, crecer y mantenerse unidos a la fe y vida de la Iglesia,

participar en la Eucaristía dominical, seguir la moral que la Iglesia nos propone. Vivimos una profunda crisis en el matrimonio y la familia cristiana: nos vamos haciendo indiferentes ante la convivencia de hombres y mujeres fuera del matrimonio, ante las cada vez más frecuentes rupturas matrimoniales, ante la escasa disponibilidad de acoger una nueva vida como don de Dios, ante el aborto y su extensión entre nosotros. La familia va dejando de ser el ámbito donde se vive y transmite la fe cristiana. Los mismos pastores estamos tentados con frecuencia por el desaliento y damos muestras de rutina, difícil de hacer compatible con nuestra llamada a ser transparencia del buen Pastor. Tenemos muchas tradiciones religiosas, muchas cofradías, pero cada vez es menor su incidencia real en nuestra vida personal, familiar y comunitaria.

Pero la raíz de la crisis de nuestra Iglesia diocesana es todavía más profunda. No se trata del papel de la Iglesia en la sociedad, ni del número de cristianos practicantes. Lo que con frecuencia está en crisis es nuestra misma fe en Dios y su incidencia en nuestra vida, lo que está en el trasfondo es el grado de nuestra fe en Jesucristo y la calidad de nuestra vida cristiana: nuestra comprensión y vivencia de Jesucristo y de su Evangelio. Se trata si creemos de verdad y en qué medida en el Dios revelado por Jesucristo y de la pregunta fundamental: ¿Quién es Dios y qué lugar ocupa en nuestra vida? ¿Quién es Jesucristo y qué significa para nosotros?

Nosotros no creamos la identidad de Jesucristo: Él mismo nos ha mostrado quién es, y esto nos llega en la tradición viva de la Iglesia. Jesucristo no es un personaje del pasado, en mejor de los casos un maestro religioso, al que se puede seguir o no seguir sin que esto quede sin consecuencia alguna. Jesús, es el Hijo de Dios, el Mesías, el Salvador, muerto y resucitado para la vida del mundo. Cristo vino a traernos un mensaje de amor; es más nos muestra que Dios es amor, que Dios ama al hombre hasta tal extremo de entregar a su Hijo a la muerte por amor al hombre. El mensaje de amor de Cristo y de los cristianos no significa solamente ser amables los unos con los otros. Tenemos que preguntarnos qué es lo que hace a un cristiano diferente en su relación con los demás. Qué es lo que debería marcar a la Iglesia de Jesús, a los cristianos, a los cofrades y a las Cofradías, como un pueblo dirigido por el mensaje de salvación revelado a través de la muerte y resurrección de Jesús.

La Iglesia no podrá nunca ser reformada desde fuera. La renovación y la reforma de la Iglesia sólo puede venir desde dentro de la Iglesia, es decir, de una comunidad de hombres y mujeres que escuchan la Palabra de Dios, que se dejan convertir por ella en su mente y en su corazón, que se juntan para orar, que celebran la Eucaristía y son llamados a compartir la verdadera vida del mismo Cristo. La Iglesia es comunión, que no es lo mismo que decir que la Iglesia es una asociación o una institución. La Iglesia está formada por la Palabra de Dios, edificada por los sacramentos y es vivida por hombres y mujeres que permiten que la palabra de Dios les transforme para ser testigos en el mundo del amor transformador de Dios.

La Iglesia es misterio de comunión. El núcleo es la comunión con Cristo y la comunión de los unos con los otros, generada por la comunión con Cristo, entroncada en ella, alimentada y alentada por ella. Sin la comunión con Cristo no hay comunión entre nosotros. Es la comunión con Cristo la que determina la clase de comunión que formamos unos con otros. No es una red de interacción social la que determina cómo es nuestra comunión con Jesucristo o en último término quién es Jesús.

La Iglesia se forma a través de nuestra unión con Cristo. Los apóstoles y el resto de los discípulos eran antes de nada amigos íntimos de Jesús, hombres y mujeres que le servían de diferentes maneras y que juntos se embebieron de sus enseñanzas y su testimonio. La amistad de Jesús para nosotros significa ponernos a su servicio a través de la comprensión de su Palabra. Cada uno de nosotros podemos unirnos a El en su misión viviendo su misión en las grandes y pequeñas tareas de la vida.

Hay muchas indicaciones de que en nuestra Iglesia muchas veces se ha perdido el rumbo. Permitidme ser claro: tristemente muchas personas, de edades diversas, ya no conocen verdaderamente a Jesucristo. Eso no quiere decir que no sean buenas personas, personas que se preocupan por los demás. Que no se diga que la Iglesia es sólo para una élite santa; la Iglesia es una Iglesia de pecadores; cada uno de nosotros tiene que arrepentirse día tras día; cada uno de nosotros hacemos un compromiso y cada uno de nosotros decepcionamos y traicionamos a Jesús.

La Iglesia es la Iglesia de Jesucristo. No es una agencia ambigua que moraliza a la sociedad, o que mantiene tradiciones del pasado, o que fomenta la cultura, y así el turismo o la economía. No está ahí para proporcionar una especie de confort espiritual a los participantes. La Eucaristía y los sacramentos son celebraciones de la fe en Jesucristo dentro de una comunidad cristiana, como lo son también los actos litúrgicos y las procesiones de nuestras cofradías. Si permitimos que la vida sacramental de la Iglesia se convierta en ambiguas celebraciones sociales, o la vida de las cofradías se conviertan en actos culturales o turísticos, colaboraremos a que la verdadera identidad de la Iglesia y, en su caso, de las cofradías quede distorsionada.

4. ¿Dónde estamos?

No se puede decir que los miembros activos de la comunidad de la Iglesia o de las Cofradías seamos auténticos cristianos, creyentes, discípulos y testigos de Jesucristo. ¿Dónde estamos en el camino de la renovación? ¿Pueden los padres seguir pidiendo el bautismo de sus hijos por costumbre y tradición y no siendo conscientes del renacimiento desde Dios que en él ocurre y deseando para sus hijos la nueva Vida de los Hijos de Dios? ¿Podemos seguir engañándonos mutuamente cuando muchos padres y padrinos prometen en el bautismo que educarán a sus hijos en la fe de la Iglesia o ayudarán a sus padres a hacerlo, cuando sabemos que no será así? ¿Podemos estar encantados de celebrar Primeras Comuniones reducidas a actos sociales y costosos, mientras que ni los niños ni sus padres han sido guiados hacia una comprensión verdadera de la Eucaristía y hacia la comunidad eucarística, que es la Iglesia? ¿Podemos estar satisfechos cuando la Confirmación es considerada como una graduación en la vida de la Iglesia para tener un certificado? ¿Podemos quedarnos en la autosatisfacción de que no decae el número de cofrades, cuando muchos de ellos no tienen conciencia clara de su condición de bautizados? ¿O que aumenta el número de Cofradías de Semana Santa sin que se hayan discernido sobre su identidad, tarea y misión específicamente cristianas? No sólo estamos engañándonos a nosotros mismos sino que estamos dañando la integridad del mensaje de Jesús.

Con mis palabras no quiero acusar a nadie; tan sólo deseo ayudarnos a todos a crecer en la toma de conciencia de que formamos parte del cuerpo orgánico que es la Iglesia: un cuerpo que es la manifestación del mismo Cristo a través de los siglos.

5. Conclusión

Ante la tarea de renovación que aparece ante nosotros y, por otra parte, al descubrir la grandeza de la misión de nuestras cofradías en esta sociedad de increencia e indiferencia religiosa, podemos sentirnos desbordados e incapaces de llevarla adelante o nos puede parecer que eso no es para nosotros. Es normal tener miedo cuando somos conscientes de nuestros límites. Pero no podemos olvidar que es el Señor quien nos hace progresar “y sobreabundar en el amor de unos con otros, y en el amor para con todos, como es nuestro amor para con vosotros” (1Tes 3,12).

Abrámonos a las palabras de la Sagrada Escritura: “Y os daré un corazón nuevo, infundiré en vosotros un espíritu nuevo, quitaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Infundiré mi espíritu en vosotros y haré que os conduzcáis según mis preceptos y observéis y practiquéis mis normas. Habitaré la tierra que yo di a vuestros padres. Vosotros seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios” (Ez 36, 26)

Que Santa María, la Virgen de la Cueva Santa, nuestra Patrona nos aliente y nos siga protegiendo en nuestro caminar. A cada uno en su tarea y misión al servicio de las Cofradías y así de nuestra Iglesia diocesana.

✠Casimiro López Llorente
Obispo de Segorbe-Castellón